

DONOSO CORTES Y LA BIBLIA ¹*Homenaje en su centenario*

HAY un factor importantísimo en el alma de Donoso, que es como la llama ardiente que ilumina su inteligencia, caldea su corazón y abri-llanta su estilo con luces de cielo, y que, sin embargo, no se ha puesto de relieve ni casi se ha mencionado: es la influencia trascendental que en él ejerció la Biblia. En el medio centenar de escritos y estudios publicados acerca del gran orador y eminente repúblico hasta la fecha no figura ni uno solo acerca de este tema. En los esporádicos artículos aparecidos este año en la prensa con ocasión de su centenario —sea cual fuere el mérito de los mismos— como igualmente en los discursos y conferencias pronunciadas, conforme temíamos tampoco se ha hecho la más ligera alusión a este aspecto, que reputamos fundamental en la formación ideológica y espiritual del gran apologista, y que se manifiesta con fulgurantes claridades de modo especial en los escritos y discursos de la segunda mitad de su vida pública. Ni siquiera en las introducciones y notas, por lo demás estimables, de las ediciones totales o parciales de sus obras se destaca esa cualidad tan sobresaliente del fondo y estilo donosianos. Parece como si algún sino fatídico y nefasto encubriera en España, la patria afortunada de teólogos y escrituristas, los resplandores soberanos de las Sagradas Letras, desde hace dos o tres siglos. Todavía hay muchos españoles —mentira parece— que sospechan es pecado leer la Biblia, y que el tenerla en casa y hojearla es an-

(1) Extracto de una conferencia.

dar en tenebrosos contubernios con protestantes o judíos. Cuán lejos estaba de tan funesta postura el valiente paladín de la Iglesia que escogió la Biblia, o uno de sus aspectos más seductores, como tema de su discurso de ingreso en la Academia Española, sugestionado por la “grande majestad y sublime alteza” de ese “libro prodigioso”.

Mas no se crea fué ese discurso, rutilante y magistral, un episodio aislado, meteoro fugaz en la vida espiritual de Donoso. No podría serlo; sería imposible hablar con tal elocuencia y con tan profundo sentido de las cosas si solamente se tratara de una peroración ocasional o de compromiso. La Biblia —bien se adivina, a poco que se ahonde en sus escritos— era el pan cotidiano del alma de aquel gran católico desde hacía muchos años, y de esa savia divinal se nutrió hasta transformarse en otro hombre. Ella acabaló su espíritu, le dió alas de serafín para volar tan alto por las regiones sidéreas como tal vez ninguno logró entre los genios maravillosos del verbo hispánico y para defender la fe debilitada en los corazones “con elocuentes y hermosísimas frases —como dice de él D. Juan Valera— exponiendo los principales dogmas católicos con la hermosura más grande que cabe en cualquier de las lenguas modernas, y aun estoy por afirmar que en la palabra humana”.

Ni la Historia, con su pañosidad y colorido, que tan perfectamente conocía el eximio orador, ni la severidad del Derecho, que tan bien dominaba, ni la Filosofía, que, cuando no ofusca, confiere precisión y lucidez, pero no alas radiosas, ni la misma Teología, como sistema científico, que ilumina y robustece la fe, pero no presta de por sí elocuencia, ni ninguna otra disciplina del humano saber, enseñaron a Donoso a remontarse a las eternas moradas, desplegando la deslumbradora fastuosidad de su sin par elocuencia. Sólo la Biblia, cuya sublime poesía y exquisitos primores literarios son atractivo irresistible de las almas elevadas y selectas, y manantial inextinguible de inspiración, que brota del Artista supremo, el cual quiso engalanar su divina Palabra con todas las gracias que la hicieran amable a los hombres, solamente ese Libro, ante cuyos resplandores palidecen las obras maestras del humano ingenio —como afirmó Lamartine— dió a Donoso oráculos de doctrina, vaticinios de profeta y verbo llameante de polícroma armonía. Qué bien se retrata él mismo, sin pretenderlo, en el exordio de su Discurso sobre la Biblia ², al verificar el alarde de los grandes poetas y escritores en ge-

(2) Vid. *Obras Completas*, B. A. C., en 2 vols., II, p. 159-181. En las citas remitimos a esta edición, preparada por J. Juretschke.

neral, que, “devorados por la llama inspiradora de un Dios, han corrido a aplacar su sed en las fuentes bíblicas de aguas inextinguibles, que ahora forman impetuosos torrentes, ahora ríos anchurosos y ahondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, o tranquilos estanques y apacibles remansos”. Inmensa es la influencia bíblica en la literatura, las bellas artes, las instituciones y la cultura entera de las naciones cristianas, singularmente en España, y por ello, con acierto insuperable, pudo decir el genio de Donoso: “Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias”. Con cuánta verdad podría decirse asimismo que, suprimiendo la Biblia, quedaba radicalmente suprimido el libro más admirable de Donoso, el *Ensayo*, cuyos ínclitos valores ponderaron prestigiosas autoridades, el discurso más bello y radiante de luz divina que se pronunció jamás en la R. Academia Española, los *Bosquejos históricos*, en los que se asienta y despliega la tesis de que “Dios es el principio, el medio y el fin de la Historia” sobre los firmes cimientos de la Historia sagrada, y, en suma, ese fuego devorador que palpita en los discursos más resonantes y escritos de polémica del incomparable orador y apologista católico, y sin el cual éstos serían hace tiempo un montón de fría lava, es decir *pulvis, cinis, nihil*.

Sin embargo, repetimos lo que anteriormente dejamos dicho: apenas se encuentra alguna fugaz alusión en la bibliografía en torno a Donoso, como florecilla desmedrada en un erial, relativa al fermento escriturario que vivifica sus obras. Ejemplo al canto. En el número extraordinario de un prestigioso diario español ³ dedicado a la memoria de este gran hombre con motivo de este su primer centenario, en los cinco artículos insertos, leemos lo siguiente en relación con nuestro tema: hablando de nuestros polemistas ortodoxos, dice el primer articulista que son “los del diecinueve, *bíblicos* y elocuentes”, y el último de los colaboradores agrega alambicadamente que Donoso “había leído en la *Biblia* el drama agustiniano de la lucha del día del bien con la noche del mal” (!). Es todo. Si por una parte, son ecos tenuísimos de la gran voz bíblica de Donoso, que resuena en el desierto, y dan fe de nuestros asertos, son tan pobres, tan pobres, que a la masa de lectores nada le

(3) “A B C”, 3 de mayo de 1953.

dicen. Más bien son estímulos poderosos que nos incitan a destacar con mayor relieve esta faceta vital en la figura de Donoso Cortés.

El mismo benemérito biógrafo y primer editor de sus obras, después de su muerte, el distinguido publicista D. Gabino Tejado, subraya el famosísimo discurso de ingreso en la Academia con un brevísimo y superficial comentario, en que dice nos muestra "al hombre cuya admiración de artista, por decirlo así, trocada ya en amor de cristiano verdadero a la religión de sus padres, explaya sus afectos en un himno sin fin a la misericordia divina, que ha dado luz a su alma y a su corazón ternura". El P. Bayle en su Prólogo a las Obras Escogidas ni menciona siquiera ese discurso, aun cuando vaya incluido en el libro.

Para investigar la profunda influencia de la Biblia en la mentalidad y la elocuencia donosiana, no hemos de intentar un espiguelo estadístico ni menos una anatomía deshumanizada de sus escritos; la labor debe ser de mayor hondura y lucidez, fruto más bien de intuición que de un frío análisis. Por eso, mejor que intentar éste, yo preferiría invitaros sencillamente a saborear los raudales de elocuencia rotunda y sentenciosa, tonante y sublime, del gran Donoso, pero pertrechándoos previamente de un fuerte bagaje escriturario. Si se quisiera registrar, escrito por escrito y párrafo por párrafo de la producción donosiana, las referencias explícitas o difusas, de dicción y simplemente de pensamiento, de la Sagrada Escritura, formarían un vasto repertorio. Leed cualquier libro de la Biblia, en especial el Génesis, lleno de inmensas perspectivas y profundas directrices, tan del agrado de Donoso, o el Deuteronomio, dechado de oratoria parenética, los Salmos, sumario de Teología y síntesis perfecta de la vida del alma, Job, obra maestra de la sabiduría bíblica, y, sobre todo, los incomparables profetas de Israel, cuyo elogio más levantado y completo es el que brotó de la pluma, o mejor del alma de Donoso, para quien fueron "los poetas más altos, los oradores más elocuentes, los hombres más grandes, más santos y más libres". Ahí está la clave para conocer verdaderamente el estilo de Donoso.

Las influencias bíblicas en sus escritos son más íntimas y condensadas, más latentes y hasta difuminadas de lo que supondrían esporádicas citas de textos o sentencias escriturarias; son, por lo mismo, más difíciles de captar por quienes no conozcan a fondo las Sagradas Letras, que, desgraciadamente, son en nuestros días incontable legión. Varias son las razones, a nuestro juicio, de la indicada particularidad. Ante todo, la índole misma de los escritos de Donoso, que no son esco-

lásticos ni homiléticos, ni de controversia escrituraria directa, ni de ascética, como tampoco, exceptuado el *Ensayo*, de apologética *adversus haereticos*. En segundo lugar, el extraordinario poder de asimilación del escritor que convierte en substancia de su alma las doctrinas que, como en este caso, se acomodan a su estratigrafía mental y psíquica. Finalmente, la preocupación estilística del autor, soberano artista del lenguaje, que acuciado por el afán de unidad y armónica estructura, muéstrase del todo refractario a esmaltar sus discursos o escritos con cualquier clase de pedrería, aun siendo de óptima calidad, y prefiere recoger los fulgores de esos rayos en un hay luminoso y complejo a través del prisma de su propia personalidad. Rarísimas son, en efecto, las citas textuales de cualquier autor, sea sagrado o profano, antiguo o moderno, clásico o de cualquier otra literatura, nacional o extranjero, que podrían acotarse en sus escritos a pesar de la vasta cultura que reflejan y la inmensa lectura de que son fehaciente testimonio. Una excepción constituye la carta de polémica con los redactores de *El País* y *El Heraldo* ⁴, donde se consignan varias citas de cierta extensión de San Mateo y del Apocalipsis, y frecuentes pasajes del *Ensayo*, por su carácter marcadamente apologético y de controversia.

Muy pronto debió de ponerse Donoso en contacto con la Biblia, que es seguro, por las citas, leía en la Vulgata, la versión oficial de la Iglesia; tal vez poco después de la terminación de sus estudios universitarios. Ya en una larga reseña —como entonces se estilaban— sobre el drama “*Alfredo*”, de Pacheco, su compañero de estudios de Sevilla, publicada en Mayo de 1835, cuando nuestro escritor contaba 26 años, percibimos las primeras resonancias bíblicas en su pluma: “El pueblo de Dios —dice— hunde su frente en el polvo y escucha los preceptos del Altísimo que canta Moisés con una lengua de fuego desde las crestas del Sinaí”. (I, p. 167).

En las Lecciones de Derecho Político dictadas en el Ateneo (1836-37) van acrecentándose las referencias a la nación hebrea y al cristianismo. “Entre las naciones antiguas —dice en la tercera— sólo la sociedad hebrea tuvo una idea de la causa, es decir de Dios... La sociedad griega y romana es a la sociedad hebrea lo que la sociedad hebrea es a la sociedad cristiana”. (I, p. 239). En la séptima lección, hablando de las sociedades asiáticas, en las que “la sociedad era esclava del poder, pero la sociedad y el poder eran esclavos de la inteligencia”, prorrumpe

(4) Escrita en Berlín con fecha 16 Jul. 1849. Vid. obr. II, p. 213-224.

en el brillante párrafo que a continuación transcribimos, relativo a Moisés y el pueblo hebreo:

“Si en este período social se presenta un hombre favorecido del cielo; si en su frente predestinada se descubre el genio del legislador y la inteligencia del sacerdote; si al mismo tiempo que se ciñe la cuchilla del sacrificio lleva en sus manos las tablas de la Ley, ese hombre sólo encontrará delante de sí frentes que se prosternen, voluntades que le obedezcan, ecos que respondan a su voz, esclavos que le sigan y un pueblo, en fin, que le ensalce. Tal fué Moisés, cuando envolviendo su planta la tempestad y ceñida su frente de rayos, se apareció a los ojos del pueblo de Israel allá en las crestas del Sinaí. Tal fué el pueblo judío, cuando prosternado y atento al drama maravilloso, cuyos únicos actores eran su Dios y su profeta, vió al último avanzarse lenta y majestuosamente como un destello sublime de la inteligencia divina.” (I, p. 284).

Quien tal escribía, no hay duda que atesoraba ya un exacto conocimiento de la significación de Moisés y del pueblo hebreo.

En su notable ensayo sobre *El clasicismo y el romanticismo*, dice al final, a modo de comentario del *non veni solvere sed adimplere*:

“Cuando Jesús apareció entre los hombres, les anunció con su divina palabra que no era venido a este mundo para revelar una nueva ley, sino para que su ley fuese la explicación y el complemento de la antigua. La revolución literaria producida entonces por el cristianismo no fué, como no fué el cristianismo, una innovación absoluta ni un trastorno completo, sino una verdadera reforma”. (I, p. 408).

Hasta en su ensayo *Antecedentes sobre la cuestión de Oriente*, publicado en diez artículos en *El Piloto* (agosto-sept. 1839) tiene párrafos brillantes sobre el cristianismo, su propagación y caracteres:

“Una nueva aurora lució en la oscuridad; un nuevo sol brilló en los horizontes. El Oriente no se había sometido definitivamente ni a la espada de Alejandro ni a la espada de Roma... La civilización que debía reinar en el mundo debía ser universal; es

decir, fundada en la naturaleza del hombre, puesto que todos los hombres debían someterse a su imperio. Esa civilización era el cristianismo. El Salvador de los hombres había encargado a sus discípulos que llevasen su palabra a todas las zonas de la tierra; esto consiste en que su palabra se dirigía al género humano sin distinción de razas y de familias; en que su doctrina era al mismo tiempo *leche para los niños y pan para los adultos*; en que su civilización era una civilización universal que no necesitaba del apoyo de la espada para penetrar en el corazón de las más apartadas regiones". (I, p. 598).

En su reseña titulada *La civilización de España* tiene párrafos de gran elevación sobre el cristianismo, que parecen arrancados del *Ensayo sobre el catolicismo*, y que revelan ya la plena madurez cristiana en la ideología de Donoso y su cotidiana vivencia con la Biblia (Cfr. I, pp. 939-941).

Dos épocas bien marcadas, aunque formando entrambas una gradación ascendente, sin solución de continuidad, pueden señalarse en la vida pública y de hombre de letras de Donoso Cortés: la primera abarca sus quince primeros años de escritor, cuyas variadas producciones, si llevan ya el sello de su vigorosa personalidad, todavía les falta mucho de la profundidad y denso contenido, mejor diríamos del soplo divino que alienta en la segunda fase; a ésta, que empieza *nel mezzo del camin* de la vida humana, los 35 años (1844), aunque para Donoso la segunda mitad fué breve, corresponden sus memorables discursos y el *Ensayo* ⁵.

"Yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma —escribía a un amigo—, pero mi fe era estéril, porque *no gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones*" ⁶. Al rebrotar en su

(5) Discursos: *Sobre la reforma constitucional* (Nov. 1844), *Sobre el Culto y clero* (En. 1845), *Sobre los regios enlacs* (Sept. 1846), *Sobre relaciones de España con el extranjero* (Marzo 1847), *Sobre la Biblia* (Abril 1848), *Sobre la dictadura* (En. 1849), *Sobre la situación de España* (30 Dic. 1850).

Item: *Bosquejos históricos* (no public. en vida del autor, pero escritos en 1847), *Ensayo sobre el catolicismo* etc. public. en Jun. 1851, si bien desde un año antes tenía Veuillot el ms. en su poder.

Item: *Carta al Cardenal Fornari* (19 Jun. 1952), "probablemente lo mejor que ha escrito su autor, tanto en la forma como en la precisión del lenguaje" (J. Juretschke).

(6) Carta a Blanche-Raffin, II, p. 224.

alma con firmeza y vigor, una luz sobrenatural alumbra su pensamiento y una inspiración excelsa se derrama en sus discursos: es el resplandor que irradia la Palabra de Dios, la divina sabiduría de la Biblia.

Su discurso de ingreso en la Academia Española es la culminación de sus amores bíblicos; él nos revela con luz meridiana el secreto de su dicción profética y “su entonación alta, imperiosa y robusta”. Suelen elegir los académicos electos, para su disertación en tan solemne momento de su vida literaria, un tema que sea como cifra y símbolo de su especialidad preferida. La elección de Donoso al fijarse en la Biblia, es tan elocuente como el propio discurso, pues nos descubre al artista sin par de la palabra humana, enamorado con toda su alma de la Palabra de Dios. Ahora bien, si la elección del tema pudo sorprender, tratándose de quien tantos títulos nobiliarios poseía en la república de las Letras, pero no ostentaba el blanco borlón de teólogo ni era escriturista de profesión, mucho más debió de asombrar la maestría y profundidad con que triunfó en tan soberano empeño, y la soltura con que se desenvolvía en ese piélago de sublimidades y misterios. Pero está tan lejos de la fatua jactancia del seudo-orador, que confiesa paladinamente en el ingenioso exordio ha escogido ese “asunto subidísimo”, para que, cautivando la atención de los académicos y oyentes, les fuerce a apartar de él sus ojos, para ponerlos en la grande majestad y sublime alteza del argumento. (*Disc. Exordio*, II, p. 159). Verdaderamente todo es grande, luminoso y elevado en este egregio varón. Pero el orador sabe muy bien que la Biblia es igual al infinito, y por eso, después de desplegar, con la magnificencia que le es propia, en una visión panorámica de conjunto el “extendido campo que se abre aquí a las investigaciones de los hombres” —magistral programa para los escrituristas—, añade acotando una parcela, cuajada de flores y bellezas: “Obligado por la índole exclusivamente literaria de esta ilustre Asamblea a considerar a la Biblia como un libro que contiene la poesía de una nación digna de perdurable memoria, me limitaré a indicar algo de lo mucho que podría indicarse y decirse a cerca de las causas que sirven para explicar su poderoso atractivo y su resplandeciente hermosura”. (*Ibid.* p. 162). Un discurso como el de Donoso sobre la Biblia, no se elige al azar y menos por un hombre de su reputación literaria y oratoria, ni tampoco se prepara en unos meses de trabajo, máxime en quien, como él, hallábase agobiado por múltiples y graves responsabilidades: es fruto sazonado de muchos años de lenta asimilación y asiduo paladeo, y sobre todo obra de sin par admiración y entrañable amor. El amor es quien ha

he hecho todas las cosas grandes, en la literatura como en la civilización. Este discurso es en más de un aspecto a modo de síntesis de ideas flotantes en sus numerosos escritos. Tal, por ejemplo, el delicado elogio de la mujer, en el ensayo sobre *El clasicismo y el romanticismo* (I, p. 393), prelude del que la consagra en el discurso académico: “ángel de paz que descendió del cielo para disipar las nubes en el horizonte del mundo...”

El *Ensayo sobre el catolicismo* es una síntesis maravillosa al par que un comentario de la Biblia, a través de un temperamento vibrante, arrebatado y devorado por el celo de la causa de Yahvé que consumió a los profetas de Israel: un vaticinio de las grandes batallas del Señor. Su estilo es como el rumor sonoro de cien cascadas, el ímpetu arrollador del torrente, estruendo de combates y fragor de tempestades. Inútil buscarle parangón, como no sea con los vates apocalípticos de la Biblia, tales como Nahum y Habacuc, que anuncian los terribles juicios de Yahvé a las naciones. “Marcha Yahvé en el torbellino y las nubes son el polvo de sus pies, amenaza a los mares y los seca... Tiemblan los montes ante él y se disuelven los collados, se agita en tumulto la tierra y el mundo y sus habitantes” (*Nah.* I 3-5). Así empieza el primero sus oráculos. Veamos el segundo: “Voy a suscitar a los caldeos, pueblo feroz y arrebatado, que marchará por las anchuras de la tierra para conquistar moradas ajenas. Es espantoso y terrible; su derecho y su elación sólo de él emanan. Sus caballos son más ligeros que el tigre, más fogosos que el lobo nocturno. Sus jinetes, osados, vienen de lejos volando como el buitre, con prisa de devorar. Todos vienen a la presa; delante de ellos va el terror y se amontonan cautivos como arenas. Se burla de los reyes, se mofa de los príncipes, se ríe de las plazas fuertes; alza un terraplén y las toma; luego el huracán muda de dirección y pasa”. (*Hab.* I 6-11).

¿No os recuerdan estos fragmentos muchos pasajes y sobre todo el tono de exaltación de Donoso?

“Roma —dice en el primer capítulo del *Ensayo*— es a un mismo tiempo el Oriente y el Occidente. Es una ciudad como la de Teseo y un imperio como el de Ciro... Tan grande es su movilidad que llega a los confines del mundo, y tan agigantada su duración, que el mundo la llama eterna. Criada por el consejo divino para preparar las vías de Aquél que había de venir, su encargo providencial fué asimilarse todas las teologías y dominar

a todas las gentes. Obedeciendo a un llamamiento misterioso, todos los dioses suben al Capitolio romano, y pasmadas las gentes con un súbito terror, derriban al suelo su cerviz todos los pueblos y todas las naciones. Todas las ciudades, unas después de otras, se ven desamparadas de sus dioses; los dioses, unos después de otros, se ven despojados de todos sus templos y de todas sus ciudades. Su gigantesco imperio tiene por suya la legitimidad oriental, esto es la muchedumbre, y la fuerza y la legitimidad del Occidente, esto es, la inteligencia y la disciplina. Por eso todo lo avasalla y nada le resiste, todo lo tritura y nadie se queja". (II, p. 352).

Y al final de su libro:

"Al hombre le ha sido dado poner a sus pies la sociedad desgarrada con sus discordias, echar por tierra los muros más firmes, entrar a saco las ciudades más opulentas, derribar con estrépito los imperios más extendidos y nombrados, hundir en espantosa ruina las civilizaciones más altas, envolviendo sus resplandores en la densa nube de la barbarie. Lo que no le ha sido dado es suspender por un solo día, por una sola hora, por un solo instante, el cumplimiento infalible de las leyes fundamentales del mundo físico y del moral, constitutivas del orden en la humanidad y en el universo; lo que no ha visto ni verá el mundo es que el hombre, que huye del orden por la puerta del pecado, no vuelva a entrar en él por la de la pena, esa mensajera de Dios que alcanza a todos con sus mensajes". (II, p. 551).

¿No es verdad que a la vista de estos párrafos, casi elegidos al azar, más que a un estadista y diplomático del siglo XIX creemos estar oyendo "aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas y aquellos arranques sublimes" con que los portentosos profetas de Israel "unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos?" (II, p. 160).

El estilo de Donoso Cortés, sobre todo en el *Ensayo*, donde alcanza sus más altas cimas, es un estilo que yo llamaría vertiginoso: su lectura causa la impresión de ir galopando en un flamígero corcel por sídereas regiones con rumbo al infinito hasta llegar a columbrar la ma-

jestad divina. Comparad su prosa con la de Castelar, que no olvidemos era 23 años más joven: una y otra están saturadas de inmenso caudal histórico, surcadas de grandes síntesis, más o menos artificiosas a veces, pero deslumbrantes, ataviadas de ornamentos y galas refulgentes; pero ¡qué diferencia entre ambas! A la de Castelar le falta la recia contextura y férrea trabazón que tensa y enardece la de Donoso, y que proviene de su nervio filosófico, de la corriente teológica y, sobre todo, del fuerte ligamento escriturario, que son el motor y las alas de la elocuencia donosiana. Le Teología descansa sobre los sólidos cimientos de la Sagrada Escritura, sin la cual aquella se desplomaría; y Donoso, más que en los tratados escolásticos, que no negamos conociera, pero a cuya aridez y sequedad de estilo indudablemente y por temperamento era refractario, bebió a raudales en las cristalinas e impetuosas aguas de los pensiles bíblicos y en las obras majestuosas de los grandes escritores.

Qué hermoso sartal de referencias escriturarias podría poner un docto biblista a las obras teológicas —llamémoslas así— de Donoso Cortés, sin olvidar que “toda verdad política o social se convierte forzosamente en una verdad teológica”, y “si todo se explica en Dios y por Dios y la Teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la Teología es la ciencia de todo”, como se afirma claramente en el primer capítulo del *Ensayo*. Pero, repetimos, ese fermento escriturario que es firme sustentáculo del pensamiento y el estilo donosiano, no se muestra visible, como en los escritos patrísticos, en la oratoria sagrada, en la ascética o en la mística, sino como un “maná escondido”, cuyo sabor se difunde por toda la masa revestida de primores.

Como generalmente ocurre cuando no se estudia ex profeso una cuestión, pero se la roza de pasada, los espíritus videntes tienen a veces ráfagas de intuición y frases geniales, que van mucho más allá del propósito actual de sus autores. Tal ha ocurrido con ciertos juicios que se han formulado sobre la elocuencia donosiana en relación con la Biblia. “¿De dónde venía —exclama D. Juan Valera— este apóstol, este profeta que descargaba furibundos anatemas sobre los hombres y que les anunciaba tan grandes desventuras, si no hacían penitencia? ¿Venía del desierto, como Juan el Bautista, o salía del apartamiento y soledad de algún claustro? Todo menos eso”, contesta, y os hago gracia de los despropósitos que añade el pulcro y liberal escritor. Prefiero contestar yo, y perdonad la presunción, que no es tal sino ausencia de los prejuicios que en este caso pesaban sobre D. Juan. Venía, sí, del aparta-

miento y soledad claustral del interior de su alma, donde, en frase agustiniana, habita la verdad. Venía de leer y meditar “el libro de los prodigios”, como él llamó a la Biblia, hasta convertir la savia de éste en su propia substancia. Ese es el extraño apóstol y profeta bíblico representado en Donoso, que sorprende y reprende a los tibios y vacilantes cristianos de aquella época con su palabra de fuego, templada en las mismas fuentes de los vates de Israel y que resuena todavía con imponente majestad. ¿No le véis como un gigante que embrazando “el escudo de la fe” y empuñando “la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios” (Efes. 6^{16, 17}) “cabalga por la verdad y la justicia”, lanzando su diestra agudas saetas que van derechas al corazón de los enemigos del Rey supremo? El cetro de la equidad es su cetro, ama la justicia y aborrece la iniquidad (Sal. 45). Su pregón se expande por los confines de la tierra europea y nada se sustrae al ardor de su elocuencia (Sal. 19).

Tras estas consideraciones generales y la visión intuitiva del Donoso bíblico que hemos desplegado, procede señalar, por vía de análisis, algunas características o al menos coincidencias que asemejan la oratoria donosiana al estilo de la Biblia, y que, a nuestro juicio, en ella tuvieron inspiración o decisivo realce.

Sea la primera la frecuente *repetición* de locuciones o miembros de frase que no solamente no rehuye Donoso, sino que hasta prodiga, en pro de la claridad, ley de oro del lenguaje y, por lo tanto, de la oratoria, y ornato al propio tiempo del estilo que esmalta los versos de Homero y, a su ejemplo, los de Virgilio. “*Estoy resuelto a hacer todo lo posible por que prevalezca en esta discusión*; y cuando digo que *estoy pronto a hacer todo lo posible por que prevalezca en esta discusión*, no quiero decir que *esté dispuesto a hacer* que pase como adición a la ley, sino que salga de la discusión victorioso”. “*Me explicaré* —añade poco después—. Necesito *explicarme*, y *explicarme* con toda claridad. “(*Disc. sobre culto y clero*). Todo el que esté algún tanto familiarizado con el lenguaje escriturario, habrá observado, desde el principio mismo del Génesis, esta particularidad tan destacada, que tiene quizá cierto sabor de elocución oratoria, recitación o lectura pública, y está ordenada tal vez a la más fácil insinuación en la memoria y el ánimo de los oyentes.

Otra peculiaridad es el *dualismo* ideológico y lingüístico, que es ley esencial en el lenguaje bíblico, no solamente en su forma *paralelistica*, tan proclamada por los eruditos como mal interpretada en función de ley métrica de la poesía, sino en cualquier relato o declaración. Esta nota elocutiva de Donoso se acentúa marcadamente en el discurso *sobre*

la Biblia, quizá sin percatarse él mismo, como efecto natural de su inmediata vivencia con ese Libro, intensificada en la preparación del discurso. Sería impropio del momento intentar un análisis detenido y a fondo de este procedimiento, que en ese discurso llega a generalizarse en casi todas las frases. Señalemos, no obstante, de pasada, algunas expresiones bimembres, empezando por el exordio, v. gr.. “agudeza y fecundidad”, “su literatura y su ciencia”, “eterna y esclarecida”, “de escritor tan eminente y de esta nobilísima asamblea”, “pobre de fama y escaso de ingenio”, “su grande majestad y su sublime alteza”. ¿A qué seguir? Habría que transcribir el discurso entero. Saltemos, sin embargo, al párrafo final, y podremos registrar, aparte de los varios casos de dualismo ideológico, los siguientes de tipo verbal: “bello y sublime”, “su sublimidad y su belleza”, “larga y lamentable”, “lunares y sombras”, “esas sombras y esos lunares”, “vuestra indulgencia, que nunca ha sido denegada a los que, como yo, la imploran y a los que como yo la necesitan”.

Cierto que esta curiosa característica es notoria en muchos escritores españoles y en algunos destacadísima. De pasada la han hecho notar, sin dar la explicación ni insinuar su posible precedente bíblico, algunos críticos o filólogos españoles; pero, siendo, a nuestro juicio, de neto influjo bíblico, esto no hace más que confirmar nuestra tesis, y en todo caso añadir una fuente secundaria de influencia bíblica en el habla de Donoso.

Las frecuentes *antítesis* de que éste hace gala, no negamos puedan ser expresión de un temperamento paradójal, mas también representan una de las varias formas de ese dualismo bíblico, singularmente en su forma de paralelismo antitético, tan bien representada en el libro de los Proverbios.

Se ha ponderado las galas y pompas orientales del estilo donosiano; y aunque su vasta cultura no tiene especiales reflejos tomados del semitismo, excepción hecha de la Biblia, que es la mejor síntesis del antiguo Oriente, sentía, con todo, lo sugestión típica del mundo oriental, tan lleno de perspectivas, de tornasoles y colorido, de serena infinitud. Veamos.

“El Oriente —dice en su 3.^a lección de Derecho Político— es para nosotros un enigma: una noche eterna cubre el pensamiento, político, religioso y social de aquellas vastas regiones en que se verificó la incubación misteriosa del género humano; el Oriente, como la Divinidad, no se revela sino por medio de los fenómenos sensibles que ha abando-

nado a la Historia. Pero el pensamiento íntimo y profundo de su civilización reposa inmóvil, velado y silencioso, libre de las investigaciones de los hombres, al abrigo de la obscuridad de sus templos". (I, p. 234). Y en la lección 5.^a hace asimismo diversas referencias al Oriente, contrapuesto al Occidente: "Al salir del Oriente —dice— salimos de un templo; al entrar en la Europa, entramos en el *forum*. La historia del Oriente es la historia de Dios, la historia del poder; la historia de la Europa es la historia de la libertad, la historia del hombre".

Como complemento del trascendental interés de Donoso hacia el mundo de la Biblia, creemos obligado añadir algo sobre su actitud con respecto al *pueblo judío*. Aun cuando ya había desaparecido de España el tribunal de la Inquisición, no así la fobia judaica, que aun persiste ciegamente en muchos corazones; todavía hay no pocos inquisidores de vía estrecha y criterio tan mezquino como indocumentado. Donoso, a pesar de su intransigencia, terrible, si se quiere, con el error y los doctrinarios heréticos, muestra para con el pueblo judío un sentimiento de franca admiración y una actitud de comprensiva caridad cristiana, idénticos a los de su coetáneo el P. Lacordaire. Nadie tal vez, como no sea este mismo gran orador sagrado, ha proferido palabras de mayor exaltación que Donoso, no ya solamente sobre la excelsa literatura y poesía de la Biblia, sino también acerca de esta nación "digna de perdurable memoria", "que fué en tiempos pasados la estrella de Oriente", "instrumento de sus inescrutables designios (de Dios)" y "luz de la tierra", ni sobre sus grandes hombres, ni sobre la mujer hebrea, ni sobre los profetas del pueblo de Dios cuya misión califica de "el espectáculo más bello de la Historia".

En el emocionante paralelo que al final de su discurso académico va desarrollando entre el Edipo griego y el pueblo hebreo, y la terrible pena del talión que pesa sobre éste, Donoso parece uno de los profetas de Israel, que despliega ante ese pueblo los severos castigos de Yahvé, pero, al igual que aquéllos, anuncia a séguida la clemencia de Dios y la esperanza en su misericordia.

Prueba de la admiración y casi simpatía con que mira Donoso al pueblo judaico es el honroso paralelo que establece entre este pueblo y el español, en su famoso discurso sobre culto y clero:

"Yo creo, señores, y lo creo con envanecimiento, que ha habido en la tierra dos pueblos que han sido elegidos y predestinados: el pueblo judío y el pueblo español. Los que no crean en la

verdad de lo que digo, creerán las pruebas que voy a dar. El pueblo judío fué el representante en la antigüedad de esta idea religiosa, de la unidad, de la espiritualidad de Dios entre los demás pueblos idólatras y materialistas; el pueblo español ha sido el representante del catolicismo entre los pueblos protestantes. El pueblo judío derramó su sangre por su fe en el Asia, y el pueblo español en las regiones de Europa y en el continente americano. Véase si la semejanza no es cabal, si la semejanza no es cumplida, si la semejanza no es honrosa. Pues bien: yo pido al pueblo español lo que hizo el pueblo judío; el pueblo judío ha conservado intacta su fe, a pesar de su dispersión, de su cautiverio, y yo pido que el pueblo español conserve intacta su fe a pesar de las revoluciones". (II, p. 27).

Todavía hay *otro sector* en el alma y la vida de Donoso que nos revela fehacientes y nuevos testimonios de su asidua convivencia con la Biblia, es el de su ámbito privado. Cuenta Veuillot que en cierta reunión donde había con ellos otras personas de talento, recayó la conversación sobre la elocuencia. "Donoso tomó entonces la palabra, y habló, como un ángel, de la vanidad de los oradores. Recordó que Moisés fué tartamudo y el débil Aarón fué elocuente. Ved, pues —decía— en dónde pone Dios a los oradores, y de qué papel les encarga". Resulta en extremo aleccionador que no hablara de los oradores griegos o romanos ni de ningún orador parlamentario de los tiempos modernos, sino que acudió en seguida a la Biblia, para corroborar sus asertos.

Un testigo ocular de sus postreros momentos refiere, en carta que después se publicó, que al recibir los santos óleos el piadoso moribundo "respondía *en latín* y con acento seguro a *todos los versículos de los Salmos*", prueba inequívoca de que éstos habían sido, al menos en los últimos años de su vida, su cotidiano alimento espiritual.

* * *

Un gran amigo de Donoso y, como éste, egregio paladín del catolicismo en su patria, Luis Veuillot, varias veces citado, en la hermosa introducción a la versión francesa de las obras de éste (1858) vaticinaba: "El nombre de Donoso Cortés no morirá, antes ha de aumentarse todavía su gloria". Y Orti y Lara, años después, recogiendo en su pró-

logo a las obras ⁷ del eximio orador esta afirmación, añadía: "Esta predicción se ha cumplido al pie de la letra; la gloria de Donoso se aumenta sucesivamente a medida que pasa el tiempo y no se eclipsará jamás". Permítasenos argüir, sin embargo, que, si bien es verdad no ha sufrido eclipse esta gloria y sigue proyectando sus fulgores inmarcesibles, como las estrellas del firmamento, aunque los hombres se olviden de mirarlas, es lo cierto que en los cincuenta años que han seguido a la afirmación del mencionado prologuista los lectores y entusiastas de las obras del gran apologista católico y vidente del porvenir han decrecido lastimosamente, y son muy pocos tal vez lo que han ido a saturarse en esas fuentes de agua viva, porque "al compás mismo con que se disminuye la fe, se disminuyen las verdades en el mundo", como reiteradamente afirma Donoso en su *Ensayo*, repitiendo las palabras del Salmista (Sal. 12 (TH) según trad. de la Vulgata), y aun pudiéramos añadir que, lo más lastimoso todavía, se aminora también de un modo aterrador el ansia de verdad y el amor a la verdad.

Razón tenía Karl Schmit al calificar a Donoso, como el gran desconocido, "der unbekannte" en un acertado estudio dado a la estampa en *Hochland*; pero lo más triste es que lo sea no solamente en el extranjero, sino en su propia patria, a la que tanto lustre prodigó en su breve pero provechosa vida. Por eso nos ha parecido un obligado tributo de justicia y merecido homenaje al gran biblista español, poner de relieve con todo entusiasmo este aspecto de su semblanza literaria, que ha sido objeto de larga meditación en nuestras lecturas de sus obras. Sea ésta la guirnalda que le ofrece el último de los escrituristas españoles.

No han trascendido como debieran los escritos de Donoso Cortés, a pesar de su pletórico fondo doctrinal, galanuras de estilo y llamaradas proféticas. Con todo, llegan a dieciséis el número de ediciones totales o parciales de sus obras al cabo de un siglo, "a pesar de la poca fortuna que le cupo en cuanto a sus editores" ⁸, y su fama traspasó las fronteras patrias, ya en vida del autor, como lo demuestran la docena de traducciones de sus distintas obras que pueden registrarse; casi la mitad de los estudios, sucintos o extensos, que sobre él se han publicado, son también debidos a extranjeros. Puede afirmarse que en España ha influido mucho en unos pocos, pero muy poco en los muchos, es decir en la masa ciudadana, incluso del campo católico y derechista.

(7) Edición 1891-1893, reimpresa en 1903-1904.

(8) J. Juretschke, I, p. XL.

Ya Mella, el gran paladín del tradicionalismo español, decía de Donoso, a quien presenta “como un vidente de Israel”:

“Donoso, el gran Donoso, que no fué bien comprendido de sus contemporáneos porque no alcanzaban los horizontes que él divisaba con el telescopio de su inteligencia...”

Ojalá el fruto de la celebración de este su primer centenario fuera un resurgimiento del interés por sus escritos, que encaja perfectamente en el actual renacimiento bíblico y en la exaltación de los valores hispánicos que es biasón del momento actual. “Desde el día de su conversión —escribía Ortí y Lara (*loc. cit.*)— todo en él es hermoso y fecundo, sus obras y sus palabras, su vida y su muerte, y después de su muerte sus escritos imperecederos. En ellos, como en los del gran De Maistre, de Augusto Nicolás, de Goerres y de otros insignes seglares, se han formado en parte y seguirán formándose los nuevos campeones del derecho y de la civilización cristiana, los cuales es de esperar continúen en la serie de los siglos la raza esclarecida de los grandes apologistas”.

Tal vez el mejor elogio del estilo y del habla de Donoso sea, en su magnífica concisión, éste de la religiosa que le asistía en su última enfermedad, Sor Bon-Secours: “Sus palabras son flechas en el corazón”.

Por mi parte, me sentiría satisfecho si hubiera conseguido despertar vuestra curiosidad e interés y reanimar en vuestros corazones —emplearé las palabras finales de la reseña que le dedicó el diario parisino *La Patrie*— “el recuerdo de un alma tan bella y de una inteligencia tan grande”.

Por muchos honores que se tributen a estos próceres guías del pensamiento y del ideal nacional, “no hay galardones bastantes —dijo el propio Donoso— sino en la eternidad para los que consagran su palabra y sus talentos al servicio de Dios y de los hombres” ⁹. Tal fué el gran orador español. *Laudemus viros gloriosos!* Sobre todo a éste que, como Elías —en frase del Eclesiástico— “se levantó como un fuego y su palabra era ardiente como una antorcha” ¹⁰. Que ella nos ilumine y nos inflame.

David Gonzalo Maeso

(9) Carta de polémica con la prensa española, II, p. 224.

(10) Eclesiástico, 48¹.